

## Al son de guaracha y *reggaeton*: paradigmas musicales de fiesta y tragedia en Puerto Rico

**Asima F. X. Saad Maura (University of Delaware)**

Leí *La guaracha del Macho Camacho* por primera vez en 1976, el mismo año en que fue publicada, cuando aún yo vivía en mi Ponce natal, la emblemática Ciudad Señorial ubicada en la costa sur y caribeña de Puerto Rico. En aquel entonces, el tapón, lo que es embotellamiento, atolladero o atasco automovilístico, era un asunto exclusivo de la zona metropolitana, como se le llama a San Juan y los pueblos limítrofes de Santurce, Río Piedras, Bayamón, Cataño, Guaynabo. Para “la gente de la Isla” –como se nos denomina a los que no pertenecemos a ese centro urbano capitalino– la experiencia de los tapones se limitaba a algunas visitas familiares esporádicas a la antedicha área metropolitana. Gracias a Luis Rafael Sánchez, cuando años después me mudé de Ponce a San Juan, pude entender mejor el tapón que ya había experimentado en las páginas de su novela.

Hoy, cuando se cumplen treinta y tres años de la publicación de *La guaracha del Macho Camacho*, destacada representante del *Boom* latinoamericano, la encrucijada en la cual Puerto Rico está sumido no es novedosa ni demasiado diferente de la debacle político-social “fenomenalmente” descrita por Sánchez. *La guaracha...* sirve de radiografía que permite ver la raíz de los diversos desafueros que continúan aquejando a la Isla, atrapada irremediabilmente en las garras del tapón no tan sólo de autos, sino político-social, el peor de todos los tapones.

Al igual que el tapón metafórico de la novela, el de la realidad isleña atrapa, separa y evita que se llegue a tiempo –y, en muchos casos, con vida– al trabajo o de vuelta al hogar. En ambos atolladeros, la ingeniosa brega boricua radica en mantenerse relativamente alegre, sostenerse en cierto estado de letargo u olvido con la ayuda de la música, sea guaracha, salsa, merengue o *reggaeton*, *reguetón* en su castellana ortografía. No en balde, en su Introducción a la edición crítica de *La guaracha...* (Cátedra, 2001: 9-95), Arcadio Díaz Quiñones resume la obra –y, por qué no decirlo, retrata a Puerto Rico entero– en dos palabritas clave, “fiesta y tragedia”, que utiliza como uno de los subtítulos en su acertado estudio analítico de la novela:

*La guaracha* podría leerse como una fiesta de máscaras mirada secretamente por la tragedia. A pesar de la alegría *guarachera*, la ciudad que

emerge de la novela aparece como una utopía frustrada, no un cuerpo orgánico, sino una compleja pluralidad de conflictos. De la carcajada se pasa a un tiempo lúgubre, un mundo de soledad y de desdicha (17).

Con el zarandeo musical y sensual de la guaracha de ayer, del *reguetón* de hoy, se consigue que la memoria colectiva falle y caiga en una condición de olvido, silencio mental y emocional, ante las desgracias que a diario rompen la civilidad y el orden deseados; se llega a vivir, en vez, con el atisbo de un mero recuerdo roto y trunco, tanto de la realidad del pasado como de la más actual<sup>1</sup>.

Sánchez logra meter a los lectores en el mismo tapón en el que se halla Vicente Reinoso, el padre de Benny, el “Papito Papitote” (156) que “está atrapado, apresado, agarrado por un tapón fenomenal como la vida, made in Puerto Rico” (119). Obra que critica el consumismo rampante de los puertorriqueños alucinados por el *American Dream* exageradamente materialista promovido por los Estados Unidos, *La guaracha...* es igualmente un texto político, una denuncia social que continúa vigente. En un número reciente de la revista *Time*, Graciela, la madre de Benny, “salta las páginas de noticias internacionales... [esquivando] con horror y asco unas instantáneas del Vietnam napalmizado” porque ella “no tolera ni un minuto de angustia: nada doloroso, nada pesaroso, nada miserable, nada triste...” (190). Por eso, al leer “People have got to know whether or not their President is a crook” (237), palabras del ex Presidente de los Estados Unidos Richard Nixon cuando lo encontraron culpable del escándalo de *Watergate* (1972-1974), en vez de despertarle la conciencia, a Graciela la tienen sin cuidado. De tal palo tal astilla, su hijo hereda la misma dejadez y, sin pensar ni profundizar en lo que sucede a su alrededor, Benny alega neciamente que en Puerto Rico pronto habrá problemas “[p]orque los obreros quieren ser los ricos y los ricos no pueden ser los obreros porque los ricos son los ricos. O sea que los ricos son los wilson wilson que quiere decir que los ricos son los que son” (206).

Lo innegable es que la vida no tiene nada de fenomenal ni en *La guaracha del Macho Camacho* –donde el estribillo sienta el ritmo y expone el mensaje de la novela– ni mucho menos en la presente cotidianidad puertorriqueña. A lo largo de la obra, muchos de los que sufren la supuesta “fenomenalidad” de la vida son los infelices que entran en contacto con el jovenzuelo Benny, prototipo del Macho Camacho. Mientras tanto, lo fenomenal del Puerto Rico del siglo XXI es todo cuanto permanece fuera de orden, la desmedida locura rutinaria, el pan nuestro de cada día, a saber: los aparatosos choques automovilísticos, los chanchullos políticos, los robos, crímenes y asesinatos, el pillaje del gobierno, la malversación de fon-

<sup>1</sup> Arcadio Díaz Quiñones analiza este fenómeno en su ensayo “La memoria rota”, título de la colección completa de sus ensayos publicados en 1996 (ver Obras citadas).

dos, el narcotráfico constante, la idolatría desmandada hacia lo puramente material y corpóreo, el despilfarro sin freno en los gigantescos centros comerciales que han destrozado el medio ambiente y las pequeñas empresas a la vez que se va minando el crédito de las familias trabajadoras y el país, el endiosamiento de la apariencia física, la reconstrucción del cuerpo de los que tienen con qué pagar, el aniquilamiento en todos los niveles de los que no tienen ni en dónde caerse muertos.

De la misma manera que el ritmo de la guaracha sensualiza y hasta cierto punto alivia el tapón que afecta la vida ficticia de los personajes, los puertorriqueños de carne y hueso aguantan el suyo al compás del ritmo del pegajoso *reguetón*. El corricorre diario de Benny por las calles del San Juan metropolitano –mientras oye la guaracha en su flamante Ferrari y se lamenta de que la autopista de Añasco esté precisamente en Añasco y no en San Juan (162)– es equivalente al consabido ajoro boricua de los que van en sus humildes carritos o en sus caros *SUVs* o los aún más caros tanques guerrero-urbanos *Hummers*, escuchando *reguetones* a todo volumen para hacer que la carrera sea ultra-súper excitante. Los aparatosos y fatales accidentes que a diario ocurren en las carreteras de nuestro “país jugueteón y pequeñín” (Sánchez, *Devórame otra vez*)<sup>1</sup>, nos obligan a creer que los chóferes puertorriqueños están movidos por la incomodidad y el fastidio que siente Benny siempre que se ve forzado a bajar la velocidad: “Frenar cada minuto lo incomoda... Frenar cada minuto lo fastidia... Frenar cada minuto lo revienta” sobre todo porque, según él, “[u]n Ferrari frenado es una afrenta que frena el frenesí” (155-56).

Doña Chon, para quien “la vida es un lío de ropa sucia” (253), refuta la letra positiva –*la vida es una cosa fenomenal, / lo mismo pal delante que pal de atrás*– de la guaracha; la igualdad, bien lo sabemos, no existe. Sin tregua ni salida, la gente está irremediabilmente anclada en la interminable fila de carros, dizque “protegida” por la música y la canción de la guaracha, que en la novela ha cogido al país por sorpresa, o por el *reguetonero* concierto que desde hace años tiene agarrado, guste o no, a toda la Isla. Tanto la guaracha como el *reguetón* respiran y exhalan sensualidad, dando rienda suelta al movimiento desahogado de caderas, brazos y piernas en un paroxismo que apenas se puede controlar al terminar la canción. El ritmo hace que se obvие hasta la letra vulgar de algunos temas –incluidos los insultos a las mujeres– y que se desate un recorrido movedizo de gasolina, hiperactividad, mega *perreo* primitivo y salvaje, en espera del deseado tiburón, título de doble sentido usado por varios artistas: desde el merengue “El tiburón” del grupo Proyec-

<sup>1</sup> “País jugueteón y pequeñín” es el epíteto con el que Luis Rafael Sánchez describe a Puerto Rico y con el que titula la segunda parte de la colección de ensayos que vio la luz en el 2004 (ver Obras citadas).

Uno, hasta los reguetoneros Héctor El Father, acompañado de Yomo y Polaco, y el dúo de Alexis y Fido, cada cual con su propio “Tiburón”.

Ofuscado por el lujo y lo puramente superficial y decorativo, Benny, quien no tiene corazón, es la antítesis de todo puertorriqueño con conciencia. Dicho por el narrador, Benny no tiene nada en el pecho excepto las tetillas que se le formaron en la etapa fetal (206); no sabe el valor del amor ni le importa nada que no sea su Ferrari –“O SEA PAPI que lo mío es que mi Ferrari se sienta bien en Puerto Rico, que lo mío es que mi Ferrari tenga un ambiente cheverón en Puerto Rico” (211)– hasta el punto de crear su propia oración, parodia irreverente del Padre Nuestro: “Ferrari nuestro que estás en la marquesina, santificado sea Tu Nombre, o sea que venga a nos el reino de tu motor y tu carrocería” (257). Luis Rafael Sánchez hace del Ferrari la fantasía sexual de Benny, cuyo deseo erótico lo lleva a masturbarse de sólo pensar en su “Ferrari roturado, Ferrari penetrado... Ferrari ahíto de sémenes” (258-59). Sobrecogido por su insaciable fuero sexual, este personaje vive únicamente para sí y su “Ferrari papasote. Ferrari guasote. Ferrari machote” (311) hasta alcanzar el delirio. Su ferviente e irrefrenable sexualidad únicamente conduce a la esterilidad y la muerte, ejemplos de desdicha social: en su feroz e irreprimible éxtasis, a velocidad inconcebible por las calles estrechas de la pequeña urbe, Benny atropella al Nene, un niño que para colmo de tragedias es un pobre inocente retardado mental. Ante la mirada acusadora y los gritos de espanto de los testigos, Benny “no oye asombros... [ni]... oye lamentos. Benny no siente la tarde respirar con dificultad” (311), sino que se dedica a repetir *ad nauseam* que no es culpable de tan horrendo crimen: “Yo no tuve la culpa a unas mujeres que gritan horrorizadas. Yo no tuve la culpa a unos niños que dan vuelta por la esquina. Yo no tuve la culpa a una vieja que se ataca y se persigna...” Y todavía peor, “no tuve la culpa a unos sesos reventados en la puerta del Ferrari y a unos ojos estrellados por la cuneta como huevos mal fritos” (311). Benny, espeluznado, solamente se fija en que se le manchó el auto. En su lenguaje invertebrado, concatenado por los vacuos e innumerables *o seas* con los que rellena su verborrea, Benny, con “la voz chillada y el rencor dañándolo,” meramente “pregunta enmohecido, por prisas apresurado: o sea que ¿cuándo podré lavar mi Ferrari?” (311).

Ese tipo de anomia, radiografía de la que se padece hoy, puede explicarse con una cita en particular del Senador Reinoso, cuyo nombre de pila es repetido y rimado como parte del ritmo guarachero: “Vicente es decente y su carácter envolvente (176) [...] y su estampa es absorbente (180) [...] y nació inteligente” (181), etcétera. En una particular descripción que ilustra lo que acontece durante el consabido tapón puertorriqueño, el narrador se enfoca en el Senador Reinoso –apellido risiblemente híbrido de rey, reino y reina sin ser nada ni ninguno, excepto ejemplo patético de trepador,

buscón, ligón– para revisar el entorno y asentar el son musical:

[...] mira el reloj, mira los brillos metálicos liberados por miles de capotas acorraladas por el sol, mira bostezos, mira gruñidos, mira insolencias, mira una libra de carajos lanzada contra el embreado, mira un poco a poco traído son, traído a capella, traído por una garganta anónima, anónima y colectiva, anónima, colectiva y domesticada, garganta que prefiere el sedante propuesto por la guaracha que ha corroído el país, tomado el país: *la vida es una cosa fenomenal*. El poco a poco traído son infiltrado en las seis filas ataponadas, transforma su poco a poco en un susurro agrio, ensordecedor, susurro y bayoya y gufeo como dogma nacional de salvación: invadido el país [...] (121-22).

Esa mirada superficial es la única manera factible para él y los otros personajes alucinados con las apariencias sumamente marcadas por la invasión de todo lo estadounidense<sup>1</sup>. De mirar pasa a escuchar la guaracha que tiene embobada a la gente. Por otro lado, la repetición de “traído” y “garganta” crea cierta sensación de atragantamiento y asfixia; el tapón como imagen de garganta “anónima, colectiva y domesticada” representa todo lo que la sociedad engulle –desde los alimentos que consume hasta las mentiras que también acepta, sea a nivel consciente o inconsciente– sin que nadie lo reconozca ni mucho menos hable de ello. Así, pues, cuando la consciencia no aguanta más, se acude al consumismo irrefrenable de pastillas que adormezcan y promuevan el olvido o lleven a la negación; el pueblo, que ha sido invadido de tantas maneras a lo largo de su historia, pierde su pasado y, con él, su integridad.

Mediante el rompimiento con las normas oficiales de la escritura, Luis Rafael Sánchez le da movimiento a la narración, haciendo sentir el son de la guaracha y la sensualidad que la caracteriza<sup>2</sup>. Nuestro autor logra transportar la música –baile y canto– al texto –escritura y lectura– para aliviar musical y rítmicamente el tapón: “...con una dignidad guarachil, la multitud autosa, la multitud carroza, la multitud encochetada, frena, guarachea, avanza, frena, guarachea, avanza, frena, guarachea, avanza...” (155-56).

Como sucede en el tapón de la novela, del cual nadie tiene salida, el pueblo yace enterrado en un doble tapón, ya no tanto simbólico como verdadero. La diferencia estriba en que los puertorriqueños tenemos la capa-

<sup>1</sup> De hecho, en el susodicho ensayo –como también hace en muchos de sus escritos–, Sánchez le achaca los males nacionales, sean estos económicos, culturales o sociales, al estado colonial de la Isla bajo el imperio norteamericano.

<sup>2</sup> Aprovecho para mencionar que la guaracha se consideraba tan escandalosa que no solamente se prohibía bailarla, sino hasta escucharla. De hecho, en Cuba y sus sones (1983), recuerdo que Natalio Galán confirma que de haber una pornografía musical habría que acudir al erotismo de la guaracha expresado en ritmo y palabras.

ciudad de darnos cuenta del cierre social en que se encuentra el país. Esta posibilidad no sucede en la novela, como tampoco parece ser viable que ocurra en la realidad fuera de sus páginas. En el mundo ficticio como en el que vivimos, nos zarandean las tonadillas del guaracheo y el *reguetoneo* para opacar “la chabacanería desclasada que atraviesa como un rayo que no cesa la Isla de Puerto Rico: aposento tropical de lo ordinario...” (*La guaracha...*, 137-38). Por más que duela aceptar lo anterior, las noticias más recientes, las de orden general como las que se refieren particularmente a los accidentes en las carreteras, impiden que tapemos el cielo con una mano. Tantos desastres y desgracias, en medio de tanta música, hacen que nos preguntemos ¿cuántos Nenes más habrán de ser atropellados antes de que el país entero se vuelque contra los incontables Bennys-Macho Camachos que en su egoísta prisa loca de vivir aguan la fiesta y siembran la tragedia?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Antes de ponerle punto final a estas cuartillas, apareció el siguiente titular en el periódico *El Nuevo Día* (sábado, 11 de abril de 2009), “Calientes las carreteras de la Isla: se registran dos accidentes graves”, de la reportera Carmen Millán Pabón, cuya noticia corrobora sin duda la desmesurada violencia automovilística que aqueja al país. Otro reportero, Manuel Ernesto Rivera, del mismo periódico informa que la División de Tránsito del pueblo de Fajardo (al este de la Isla), radicó cargos “contra el reguetonero Julio Voltio por supuestamente conducir en estado de embriaguez” y a velocidad excesiva en su BMW (“Pedirán cargos contra Voltio”; lunes, 13 de abril, 2009). Anteriormente, en junio de 2006, Voltio “resultó convicto de un cargo por posesión de drogas”, según se explica. Por otro lado, las muertes violentas por asaltos, riñas familiares o callejeras, tiroteos, etc., van ya por 237, siete muertes más que el año pasado para esta misma fecha: lunes, 13 de abril, 2009.

### Obras citadas

Díaz Quiñones, Arcadio. *La memoria rota*. San Juan. Puerto Rico: La Torre, 1996.

Sánchez, Luis Rafael. "La generación o sea". *Claridad*, 1972. En Hilda E. Quintana (Ed.) et al. *Personalidad y literatura puertorriqueñas*. San Juan: Plaza Mayor, 1996. 45-47.

\_\_\_\_\_. *La guaracha del Macho Camacho*. Arcadio Díaz Quiñones (Ed.). Madrid: Cátedra, 2000.

\_\_\_\_\_. *Devórame otra vez*. San Juan: Callejón, 2004.